

Continúa de la página 1

las últimas décadas, con mis propias actitudes y reacciones.

El ciclo histórico de la Revolución mexicana, con sus múltiples altibajos, llegó a su fin en la década de los ochenta cuando sus metas fueron desplazadas por el afán de insertar a la economía mexicana, muy aceleradamente, en la implacable lógica del sistema económico global. La lógica de esa nueva "racionalidad económica" sustituyó a la lógica de las decisiones políticas, que nunca perdía de vista las demandas de los sectores mayoritarios. Se ofreció abrir espacios, hacia la red global, para una economía eficiente capaz de crecer y de crear empleos. En los hechos, creció el número de pobres y el desempleo, quebraron empresas pequeñas y medianas, se deterioró la clase media y se depauperó el campo, incluyendo en el declive a muchísimos agricultores atrapados en las carteras vencidas. El determinismo del mercado —sobre todo del mercado exterior— dictó las "opciones únicas" que habrían de adoptarse en nombre de la estabilidad macroeconómica, la apertura a la economía global y el adelgazamiento del Estado.

El PRI no cambió de nombre, pero se adaptó para respaldar un cambio de modelo que, ostensiblemente, iba acentuando la desigualdad y la lógica de la marginación y la exclusión. Lo que se desplazaba era, en suma, la noción de un Estado cuya función primordial fuera la de favorecer y promover el bien común.

Mucho habían cambiado los tiempos desde que Calles se propusiera lograr el paso de un país de caudillos en pugna a otro de instituciones y desde que Cárdenas encuadrara a los sectores mayoritarios en un partido fuerte, que llamó de la Revolución mexicana porque era su objetivo, precisamente, consolidar los propósitos más generosos de esa revolución. En aras del crecimiento industrializador se incumplieron esos propósitos muchas veces, en gobiernos sucesivos, pero se sabía que el respaldo popular al sistema —lo que lo legitimaba a pesar de sus indudables inercias autoritarias— podía perderse si se soslayaban demasiado.

La lección de la elección de 1988 fue que el pueblo había votado, sobre todo, por la democracia. Fueron aquellas elecciones un parteaguas, que indicaba la urgencia impostergable de una plena transición democrática y así lo hice notar desde entonces. En 1987 se había dado un desprendimiento en el PRI que fue minimizado al principio, pero que tuvo y sigue teniendo repercusiones fuertes en la vida política. Se impuso en serio, por primera vez, la competencia por el máximo cargo de elección popular, hasta el punto de que todavía hoy se discuten los resultados de aquella contienda. Era evidente, en todo caso, que la sociedad estaba reclamando ser tomada en cuenta y pedía la

modernización política. En vez de ello, se prefirió seguir imponiendo, con recursos autoritarios, la modernidad económica. Una oportuna alianza con el PAN, cuya plataforma económica coincidía con las medidas que habrían de implantarse, aseguró la aprobación de reformas constitucionales y de la cláusula de "governabilidad" que le aseguraba el PRI, para 1991, una mayoría absoluta en la Cámara con sólo 35% de los votos populares.

La coalición PRI-PAN se tradujo en las bien conocidas "concertaciones", que permitieron soltar posiciones siempre que pareció más conveniente que defenderlas. El resultado fue que, durante el sexenio salinista, 17 de los 31 mandatarios estatales no fueron electos mediante el voto de los ciudadanos. Es decir, que 50 millones de mexicanos, 62% de la población del país, fueron gobernados por autoridades que no llegaron al mandato a través del sufragio.

¿Acaso todo esto que ocurrió era la única alternativa? Hubo otras, sin duda. Los partidos de oposición, PAN y PRD, habrían podido aliarse con el fin de fortalecerse mutuamente, fortalecer el Poder Legislativo, fortalecer la separación de poderes y, en consecuencia, fortalecer a la democracia. Aunque la alianza se perfiló por un momento, fue efímera y pronto se rompió, para dar paso a la alianza PAN-PRI.

Otra alternativa fue la alianza entre el PRI y el Frente Democrático Nacional, cuyos dirigentes procedían del PRI. Pero, para hacerla factible, hubiera habido que reconocer los votos frentistas en el Distrito Federal, en el Estado de México, en Morelos, en Guerrero, en Michoacán y en Tabasco. Y además, evidentemente, contemplar un proyecto diverso al que se proponía aquella administración.

Lo que la lógica de ese proyecto aconsejaba fue la alianza que se puso en práctica: la alianza PRI-PAN, que ató una poderosa coalición y sirvió para fortalecer primero a Salinas y después al PAN. El compromiso que se había mantenido con los sectores mayoritarios de la población —a pesar de los inveterados vicios autoritarios del sistema— fue sustituido ostensiblemente por los esquemas neoliberales. Le bastó al régimen recurrir al eufemismo del "liberalismo social" usando, fuera de contexto, un término creado por Jesús Reyes Heróles para garantizar, en el discurso, que el nuevo Estado "solidario" no se mostraría ausente ni irresponsable frente a los rezagos sociales.

En suma: 1988 fue un parteaguas, que marca muy claramente un antes y un después. El PRI de antes de 1988 no es el PRI de después de 1988. Tomé pues distancia crítica, desde entonces, del partido en el que había desarrollado actividades y experiencias fundamentales. A aquel partido, que venía del PNR y del PRM, le estoy agradecido: en ese partido milité y le dediqué, también, muchos años de mi vida. Había coincidencia, entonces, entre lo que yo pensaba y la

mayoría de las acciones que emprendíamos. Ciertamente, se tomaba en cuenta lo que pensábamos para hacer lo que hacíamos.

El PRI me dio la oportunidad de ser gobernador de Tabasco y durante ese período de gobierno fue posible llevar a cabo en aquel territorio una experiencia a fondo de democracia municipal y de animación de la sociedad para que participara activamente en la promoción de su propio desarrollo. A finales de 1988, consideré que el proyecto que se avizoraba no coincidía con mi convicción de la necesidad inaplazable de democratizar al máximo la vida política nacional y escuchar las demandas populares y de conciliarlas con los nuevos problemas del mundo. Por eso tomé distancias. No rompí abruptamente porque tenía yo detrás un largo pasado pleno de experiencias vinculadas a ese partido, negativas algunas pero positivas en su mayoría. Me retiré de la militancia y, en los años que siguieron cuando me preguntaban, solía yo decirle a los amigos que había "entrado en sueños": como dicen los masones cuando se alejan de una presencia asidua.

Conforme avanzaba aquel gobierno en la aplicación de sus políticas, la distancia fue ahondándose. Ante la imposibilidad de hacer política en el presente, me sumergí en la reflexión sobre la política pasada y me refugié en la Historia. Dialogué con los clásicos. Y un día me encontré con esta frase prudentísima de Lucas Alamán: "Permitido debe ser ceder hasta cierto punto a la fuerza de las circunstancias, principalmente en tiempos de frecuentes variaciones políticas, y para hombres que ocupan una alta posición; pero nunca debe serlo ponerse en contradicción consigo mismo, y proclamar lo contrario de lo que ayer se había recomendado".

Dediqué mi tiempo a entender lo que pasó en el México de Santa Anna, procurando comprender el porqué de nuestra tendencia a dejar el país en manos de un solo hombre. Siendo país de muchos, con muchas cabezas capaces de pensar mejor que una sola, ¿por qué los muchos solían inclinarse ante la voluntad del único, del tlatoani, del virrey o del presidente monárquico? El modelo federal, adoptado en la Constitución de 1824, había establecido la separación de poderes para que los tres se equilibraran, en favor de la República, con sus pesos y contrapesos. Pero el México real nunca correspondió al México legal y la simulación lastimaba, en ocasiones muy agudamente, la salud de esa República. Sin embargo, el país había ido construyéndose, mal que bien, mucho mejor por supuesto cuando el único representaba los intereses de la mayoría y el partido legitimaba con ese apoyo popular su ejercicio del poder.

El ejercicio imperial de la Presidencia no impidió, cuando los intereses populares prevalecían, que hubiera trabajo, maíz, escuela, estabilidad, defensa de

los intereses nacionales, desarrollo. El partido representaba a las mayorías porque el presidente reconocía el compromiso, sellado con sangre mexicana, de un millón de muertos en la Revolución. Vivíamos una democracia social de facto, muy imperfecta desde los cánones de la teoría y la ideología democrática, pero perfectible y abierta a la esperanza de que la voz de la sociedad fuera cada vez más escuchada.

El pragmatismo neoliberal, con sus pretensiones de responder a una lógica mundial inevitable, le echó tierra a los muertos. Quedaron ahí, pero ya irreconciliables, una Constitución tan modificada que se había vaciado de su espíritu original y un partido que tenía que hacer maromas y saltos habilidosos en la cuerda floja, para mazimoniar ideas de ayer con dogmas y prácticas muy diversas de hoy. En ese proceso fui sintiendo que la distancia que me separaba del que había sido mi partido se volvía definitiva: Lo he vivido con pesar y hacerlo explícito no me ha sido fácil. Considero que ha llegado el momento de hacer expresos los motivos de mi distanciamiento.

A la vez que todo esto ocurría, avanzaba la sociedad civil reclamando democracia electoral, democracia representativa, democracia republicana: federal y municipal. La aspiración a juntar el México legal con el México real, a través de la mediación de la sociedad más que de los partidos, fue afinándose en un largo y sinuoso camino que pretendió culminar, en 1994, algo que se había iniciado en 1968: el aflicimiento definitivo de la democracia. Subrayé entonces aquella distancia con mi participación abierta en grupos de la sociedad civil que se empeñaban de facilitar el tránsito democrático: "20 compromisos por la democracia", "Grupo San Ángel", "Compromisos con la nación", "Alianza para la República", "Alianza Cívica".

Mi convicción democrática, que se hizo manifiesta en aquellos números de la revista *El Espectador* que publicamos, en 1959, un grupo de jóvenes intelectuales inquietos, ha sido invariable. Está en mis textos, está en mi vida. Permanecí en el partido de mi juventud mientras fue posible, desde sus filas, impulsar esa aspiración y demostrar, cuando tuve la oportunidad de hacerlo, que era viable. Hoy considero que militar en la sociedad civil es la mejor manera de hacerlo.

Hacia allí me he encaminado, pues, en la teoría y en la práctica, en mis escritos y en mis hechos. Es clara mi posición: no milito, desde hace varios años, en ningún partido político. Formo parte activa de la sociedad civil, a través de agrupaciones que se construyen para responder, en cada momento, a la coyuntura de la transición. Profeso una ideología democrática, que me indica la urgencia de un proyecto incluyente de nación, que piense en todos los mexicanos. Soy un partidario decidido del Estado social de derecho, fundado en el respeto y la inviolabilidad de los derechos humanos. Creo en el derecho que tengo, como mexicano, a hacer públicas mis convicciones y a participar, desde los espacios que me parezcan más adecuados, para hacerlas realizables. Creo que los ideales merecen la pena. En ese camino continuaré. Mi lealtad de mexicano no es con tal o cual partido: es con la nación.